

En 1994 la Incredulidad va a Estar Presente

El Misterio de la Sucesión

- ★ Interviene EU Cuando hay Lucha Entre Facciones
- ★ Se Abstiene Cuando Existe Consenso y Legitimidad
- ★ Lo Ideal es Mantenerlo Fuera de Nuestros Asuntos

LORENZO MEYER

Es ya el otoño del sexenio, y el que fuera el seguro aliado americano de los actuales gobernantes mexicanos pronto abandonará la Casa Blanca. Este es, pues, un buen momento para preguntarse: ¿Hasta qué punto ha influido e influirá el "factor americano" en los procesos políticos centrales de México, como es la sucesión presidencial?

El papel que ha desempeñado o pueda desempeñar el "factor americano" en relación a la sucesión presidencial y a otros desarrollos políticos dependerá de, al menos, tres elementos a): del grado de consenso político dentro de México, b): del proyecto mexicano del gobierno norteamericano (que depende, a su vez, de la naturaleza general del propio proyecto norteamericano), y c): de las características de la coyuntura internacional.

El mencionado "factor americano" es sólo un

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

El Misterio de la Sucesión

Sigue de la primera plana

aspecto de lo que bien podemos llamar "el misterio" presidencial mexicana que, a su vez, es parte central de la naturaleza del sistema político mexicano. Veamos; casi todos suponen, y tienen muchas razones para ello, que las reglas formales del proceso que concluye en la transmisión del mando presidencial tienen poco o nada que ver con las reglas reales. En efecto, cualquiera sabe que al candidato del partido de Estado nunca lo han elegido realmente los supuestos miembros de ese partido; ellos simplemente han ratificado una decisión ya tomada. Es igualmente claro que desde 1929 el triunfo ininterrumpido de los candidatos presidenciales del partido de Estado, no necesariamente es producto del veredicto de las urnas.

A partir del sexenio del general Lázaro Cárdenas, el poder del presidente mexicano tiene su momento culminante, justamente durante el proceso que le permite designar e imponer a quien habrá de sucederle. Ahora bien, esa voluntad presidencial, ¿cómo se forma? ¿qué elementos llevan al Presidente a decidirse finalmente por uno de los dos o tres auténticos sucesores potenciales?, es ahí donde radica el misterio. Los intentos de explicación de "la caja negra" de la política mexicana han sido varios. En un extremo, se encuentra el elaborado por Frank Brandenburg, allá en 1964. De acuerdo con este autor norteamericano, la arbitrariedad en la selección presidencial prácticamente no existe, pues el gran elector toma su decisión sólo después de llevar a cabo una consulta sistemática con las cúpulas del sistema de poder —líderes empresariales, obreros, campesinos y burocráticos; legisladores, gobernadores, generales, etcétera— y, por tanto, el mando lo deja en manos de quien más apoyo tiene entre la élite del poder. Lo malo de tal explicación, aparentemente lógica, es que no tiene base empírica. En el extremo opuesto, estaría la visión de aquellos que consideran que el Presidente lleva a cabo su selección por sí y ante sí, sin consultar, pues

sucesión presidencial, conviene echar mano de los antecedentes. No hay duda de que en el pasado los gobiernos norteamericanos han intervenido activamente en el proceso de selección presidencial mexicano. Para empezar, está el caso del primer representante norteamericano en México, el ministro Joel R. Poinsett, que mediante la organización de una logia masónica —la yorquina—, buscó influir para que el sucesor de Guadalupe Victoria fuera un miembro del grupo de políticos radicales, afín a sus ideas.

Más tarde, al permitir la entrada de Santa Anna a México en 1846 —resultado de unas negociaciones secretas—, Washington pretendía que la presidencia volviera a quedar en manos de un personaje al que imaginó muy útil para llevar a feliz término sus planes de expansión territorial en México. Cuando en 1858 Washington reconoció al gobierno de Juárez en Veracruz —pese a que en ese momento la mayor parte del territorio nacional escapaba a su control—, lo hizo porque consideró más adecuado para su proyecto expansionista a un Presidente liberal que a uno conservador. Al concluir su terrible guerra civil el gobierno de Estados Unidos apoyó activamente la sustitución del gobierno imperial de Maximiliano por el republicano de Juárez.

En el siglo XX, los ejemplos de intervención son tan o más dramáticos que los anteriores. Es bien conocida la activa participación del embajador Henry Lane Wilson en el golpe de Estado de 1913 contra Madero. Posteriormente, otro Wilson, Woodrow, se convirtió en Presidente de Estados Unidos y también en uno de los factores que impidieron la permanencia de Victoriano Huerta en la presidencia que había usurpado. Tras el llamado "acuerdo Calles-Morrow" de 1927, el embajador norteamericano fue un apoyo importante de la presidencia mexicana —de la de Calles y de Portes Gil—, y tuvo un papel destacado durante la rebelión escobarrista, cuando logró que las autoridades norteamericanas frustraran los intentos de los rebeldes para intro-

para intervenir en México no basta para que la acción norteamericana tenga éxito. Los esfuerzos de Woodrow Wilson en 1914 por detener la lucha entre huertistas y constitucionalistas e imponer como Presidente provisional a una personalidad ajena a los bandos en pugna, fueron inútiles. En 1915 la diplomacia norteamericana se inclinaba por reconocer a Villa como cabeza de un gobierno de facto, y eliminar a Carranza del cuadro político, pero el proyecto se frustró por las victorias de Obregón sobre los villistas en el Bajío. Tras el asesinato del Presidente electo en 1928, el embajador Morrow intentó que Calles prolongara su mandato, pero el sonorenses no escuchó ese canto de sirena y dejó la presidencia —que no el poder—, en manos de Emilio Portes Gil.

Es justamente la dificultad que entraña la intervención política en países relativamente débiles pero complejos, como el nuestro, lo que ha llevado a que sólo excepcionalmente Estados Unidos busque imponer sus preferencias a nivel presidencial.

En ausencia de un conflicto abierto entre los actores políticos mexicanos, la acción norteamericana en relación a la sucesión presidencial, cuando existe, es discreta y de importancia secundaria. Por ejemplo, cuando tuvo lugar la sucesión de 1946, lo que el embajador Messersmith consideró más prudente para propiciar la selección y triunfo de Miguel Alemán —el candidato de Estados Unidos— fue no hacer nada, y por ello suspendió las presiones para revertir la nacionalización de la industria petrolera, pues temió que de continuarlas podría resurgir el nacionalismo cardenista y echar por tierra la candidatura de Alemán.

En 1988 la crisis económica mexicana y el inicio de la revolución neoliberal bajo Miguel de la Madrid, habían polarizado el proceso de la sucesión presidencial como no se había visto desde 1952. No sabemos aún si Washington buscó influir o no en la decisión de De la Madrid para dejar el mando en manos de Carlos Salinas. Lo que sí es claro, es que inmediatamente después de

se hace realidad antes de las elecciones, como desea el gobierno mexicano, entonces los intereses creados de Washington en México habrán aumentado cualitativamente. Pero el TLC por sí mismo no es garantía de consolidación de la economía del salinismo. El enorme déficit de México en su intercambio con el exterior, las inciertas condiciones de la economía norteamericana —nuestro gran mercado— y el gran déficit social, son algunas de las grandes incógnitas en el horizonte económico y que pueden crear una atmósfera adversa para el partido de Estado. Por otro lado, es un hecho que en México la reforma política de fondo, la que requería una transición democrática limpia, ya no se hizo; la incredulidad sobre la naturaleza del proceso electoral va a estar presente en el 94. Si en estas condiciones la oposición consiguiera presentar opciones atractivas, este elemento —la falta de credibilidad— puede volver a adquirir la importancia que tuvo en el 88.

Si no hay un acuerdo básico en México sobre la naturaleza del futuro; si las reglas centrales del juego político siguen siendo rechazadas por la oposición, entonces se estarán dando las condiciones para que el "factor americano" vuelva a entrar en el proceso político mexicano. Ahora bien, aún es muy pronto para saber si el que ya no esté Bush en la Casa Blanca realmente significa o no un cambio sustantivo en el proyecto mexicano del gobierno de Washington (¿importa o no la democracia para conservar la estabilidad al sur del Bravo?, pero es un hecho que el factor anticomunista que aún existía en 1988 ya no estará o al menos habrá perdido el vigor que aún conservaba entonces).

No es posible asegurar que en caso de nuevas elecciones sin credibilidad, Estados Unidos volverá a apoyar discreta pero efectivamente al candidato del partido de Estado, aunque tal posibilidad no debe descartarse. Todo depende de cuál sea el análisis en Washington sobre la mejor manera de mantener la estabilidad mexicana, que es el interés central de Estados Unidos en México.

consultar equívocamente. Hasta ahora, la mejor exploración del gran misterio político mexicano la ha llevado a cabo no la ciencia social sino la literatura, por medio de la pluma de Luis Spota.

Pero volvamos al punto inicial, el de la influencia norteamericana. Cualquiera que sea finalmente la realidad que se esconde tras el misterio —y seguramente hay variantes de setenio a sexenio—, es lógico suponer que además de simpatías y consideraciones de sus intereses personales, el Presidente toma su decisión buscando aumentar las posibilidades de continuación de su propio proyecto y teniendo en cuenta las variables macropolíticas que aparecen como las más importantes del momento. Y una de tales variables puede ser "el actor americano".

Para aproximarnos a la evaluación del papel que las influencias externas tienen en la decisión de la

adquirir armas a México. La política norteamericana fue igualmente importante para echar por tierra en 1940 los intentos del general Almazán por arrebatar la presidencia a Manuel Avila Camacho.

De los ejemplos anteriores, se puede sacar una primera conclusión: el gobierno norteamericano ha tendido a intervenir de manera activa en la designación, sostenimiento o eliminación de un gobernante mexicano, sólo cuando se debilitan las bases de la estabilidad y, sobre todo, cuando el conflicto interno desemboca en lucha abierta entre facciones. Por el contrario, la evidencia histórica permite asumir que cuando en México la nota dominante la dan el consenso y la legitimidad, la intervención activa de Estados Unidos en la designación o permanencia de un Presidente, es mínima o no se da.

Los antecedentes también sugieren una segunda conclusión: que la voluntad

anunciados después de los controvertidos resultados de la elección, el gobierno de Washington se apresuró a apoyarlos y darles toda la legitimidad que le era posible pese a las evidentes irregularidades del proceso. La recuperación posterior del gran poder de la presidencia mexicana, no es ajena al apoyo abierto y sistemático que el gobierno de George Bush dio al programa neoliberal mexicano en general y a Carlos Salinas en lo personal.

Si el examen del pasado lejano o reciente aporta elementos para especular sobre el futuro, podemos suponer que el papel del factor americano en la actualidad dependerá, en primer lugar, de la naturaleza del proceso electoral de 1994. Y ese proceso, que ya se inició, está íntimamente ligado al grado de consolidación del nuevo modelo económico. Supongamos que el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos efectivamente

En resumen y para concluir: el impulso inicial que abre o cierra la puerta a la acción norteamericana en México ha estado y sigue estando en México, no en Estados Unidos. Cuando se da, la dirección y efectividad de tal acción no está predeterminada de antemano, y al menos en parte, depende de las acciones que se tomen en México. Lo ideal, pues, sería mantener a Estados Unidos fuera de nuestros asuntos políticos, y la mejor manera de lograrlo es creando y sosteniendo el consenso interno, consenso que hoy no existe y que para recrearlo hace falta pasar por el abandono del autoritarismo. Si el razonamiento anterior es adecuado, entonces resulta que el verdadero patriotismo y nacionalismo mexicanos es sinónimo de democracia. Por tanto, quienes obstaculizan el advenimiento de la democracia son, objetivamente, enemigos de la autonomía mexicana.